



MAYO 2013

N.º 44

Unión mundial de sacerdotes, religiosos y seculares

# MINISTRI DEI

Servidores de Dios

BOLETÍN DE ACTUALIDAD CATÓLICA TRADICIONAL



## MARÍA: REFUGIO DE PECADORES

Avda. de Andalucía, 71  
Escalera derecha 1.º B  
23.005 Jaén  
(España)

E-mail:  
[ministridei@hotmail.com](mailto:ministridei@hotmail.com)

Página Web:  
[www.ministridei.es](http://www.ministridei.es)

Teléfonos  
923 286 689

Imprime: Catena 3, S. L.  
Depósito Legal: J-388-2009

Una de las alabanzas que en las letanías del Santo Rosario decimos a la Santísima Virgen es: *Refugio de pecadores*, porque unos más y otros menos todos somos pecadores. Aquel que esté libre de pecado que tire la primera piedra. (Jn 8, 7) Pero ¿quién puede decir que está libre de pecado? Si el mayor de los bienes es la santidad, la mayor desdicha del ser humano es caer en pecado y permanecer en enemistad con Dios. Tal es ésta desgracia que no se puede comparar a ninguna otra, porque el hombre ha sido creado para vivir amando a Dios y darle gloria, pero él voluntariamente ha torcido su fin dejándose seducir por los placeres engañosos del mundo.

No hay una pérdida más terrible que perder la gracia santificante en el alma, y aun es mucho peor que aquellos que la han perdido, se vuelvan insensibles a la gracia y no se planteen ni siquiera recuperarla.

Sin embargo, tenemos la suerte de tener en el Cielo a una Madre que es medianera de todos nosotros y que en la Tierra se convierte en *Refugio seguro de pecadores*. Porque si la Virgen solo fuera Madre de los santos y de los que viven en estado de gracia, ¡que pocos hijos tendría! Si la santidad es el visado para entrar en el Cielo, el pecado es el visado para entrar en el Infierno. Pues lo crean o no quienes viven en pecado, el Infierno existe y muchos de los que allí se encuentran son almas que negaron su existencia mientras vivían, puesto que les era más cómodo negar la existencia del Infierno que vivir en gracia de Dios.

La Santísima Virgen bajo cualquier advocación es poderosa su intervención y, quienes acuden a Ella, no se ven nunca defraudados. Esto conviene recordarlo, porque muchos de los que se sienten pecadores se desalientan a la vista de sus muchos pecados y flaquezas, pero María Santísima, Madre de todos nosotros, está ahí para ayudarnos a levantarnos de las caídas y fortalecernos ante la tentación. Es deber de cada cristiano huir de las ocasiones de pecar que no nos faltaran y, que ya se encargará Satanás, el enemigo mortal de la almas, de que así sea y de que las mismas proliferen en nuestro entorno.

Malo es caer en el pecado, pero peor es que habiendo caído y deseando salir del mismo, no acudamos a Aquella que ante Dios todo lo puede, porque El nunca le niega nada, mucho menos el bien de las almas y el don de la gracia santificante para sus hijos.

FIRMAMENTO

### Sumario

María: Refugio de pecadores.....	1
Punto para la reflexión.....	1
El Pecado: El peor de los males.....	2-3-4

Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, **pecadores**, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén

(Oración católica tradicional)

### PUNTO PARA LA REFLEXIÓN

Aquellas personas que viven instaladas en el pecado y no sienten ni remordimiento y no sufren ninguna necesidad, son dignas de compasión. Nunca podrán conocer a Dios Padre. Son todos aquellos que se han sacudido la cruz y han huido de ella alejándose más todavía del Padre.

Fray Jose Ignacio González. OSB

# EL PECADO: El peor de los males



## DEFINICIÓN DEL PECADO

De varias formas podríamos definir lo que es pecado, pero la definición que más me gusta es esta: *El pecado es una transgresión voluntaria, de palabra, obra o deseo de la ley de Dios.* Queda claro que es algo voluntario por nuestra parte.

En todos los pecados hay una ofensa a Dios, porque el pecado es una iniciativa del hombre, un mal uso de su libertad que es un don que Dios le dio, una acción advertida y consentida contra la ley de Dios; es una alteración del orden establecido por Él; de ahí que toda nuestra argumentación se concentre en considerarlo *el peor de los males*, porque es anteponer nuestros juicios a los de Dios y creer que son de más peso nuestros criterios que la voluntad de Dios.

Por ser el pecado una acción de la persona, tiene sus primeras y más importantes consecuencias en el pecador mismo, debilitando su espíritu y voluntad y oscureciendo su inteligencia. *El pecado es el mayor enemigo de nuestra santidad y de nuestra relación con Dios, que es el fundamento mismo de la vida humana* (Juan Pablo II) y, por desgracia, los pecadores son multitudes, personas que viven habitualmente en estado de pecado durante casi toda su vida; algunos movidos por esa sed insaciable de placer que no la calman con nada, y que, cada vez más, les llevan a buscar sensaciones a cual más aberrante.

*La inclinación al mal que existe desde el pecado original, que se agrava con los pecados actuales, influye en la sociedad. Las injusticias del mundo son producto del pecado del hombre, ya sean de carácter, político o social. Todo pecado lesiona al Cuerpo Místico de Cristo, por lo tanto, repercute en la Iglesia* (Juan Pablo II). *No existe pecado alguno, aún el estrictamente individual, que afecte exclusivamente al que lo comete. Además de ofender a Dios, el pecado degrada a la persona que lo comete convirtiéndola en esclava del mismo al poner su voluntad e inteligencia en cosas caducas y terrenas, en criaturas que la hacen perder de vista el fin infinito al que está llamada.*

El pecado en fin, es el peor mal que existe, mucho más grande que las guerras, que las enfermedades, que la tortura, que las injusticias, que la muerte, porque el pecado es el origen de todas estas cosas.

## SI VIVIMOS FELICES SIN PECAR, ¿POR QUÉ PECAMOS?

Vivimos felices con la conciencia en paz: Adán y Eva eran felices en el Paraíso. ¿Por qué tuvieron que pecar, si no les faltaba de nada? Pasa lo mismo en las familias, viven en armonía y en paz pero a uno de los cónyuges se le ocurre la fatal idea de echar una canita al aire y..., como consecuencia, rompe una familia que vivía feliz. ¿Por qué? Un empleado vive feliz y tranquilo, pero un día se le ocurre hacer un desfalco y... el resultado son el despido y la ignominia para él y su familia ¿por qué lo hizo? ¿Por qué pecamos? Se podrían contar cientos de casos así. Es la triste historia de la Humanidad que cambia la paz y la armonía de su vida, por una falsa felicidad y engañoso espejismo de ganar o alcanzar una supuesta meta ventajosa. La historia del Paraíso y la decepción por la pérdida de la comunión con Dios, trocada en degradación propia, se repite constantemente en la vida.

El Catecismo de la Iglesia Católica nos enseña que los enemigos del alma son tres: *mundo, demonio y carne*. Los tres son importantes, porque los tres enemigos son malos consejeros para nosotros. El demonio sigue actuando igual que en el Paraíso, presentándonos las cosas malas como buenas y deseables, disfrazándolas –incluso– de beneficios para nosotros. Es el engañador por excelencia, el padre de la mentira; no hay nada que nos sugiera que sea verdad, todo su afán es engañar a los hombres para que escojan el mal y dibujando muy fea y vestida de negro a la virtud para presentárnosla odiosa a nuestra imaginación. Su objetivo primordial es hundirnos en el Infierno para toda la eternidad, apartándonos en esta vida de Dios y tratando de que arrastremos a otras almas. Primero engaña y luego nos acusa (Apoc 12,9-10) para que desconfiemos de la misericordia de Dios. La Tradición de la Iglesia le ha calificado de envidioso de nuestra salvación.

El mundo es también un enemigo del alma del que nos tenemos que guardar porque nos incita constantemente al pecado con sus modas pecaminosas y su ambiente anticristiano, con sus máximas e ideologías antievangélicas. El mundo aparta de nosotros y difumina constantemente, por su influencia en la imaginación, el pensamiento de Dios. Se opone a las leyes divinas y aconseja y arrastra siempre a la búsqueda de la propia felicidad aun a costa del daño ajeno.

Y por último, está la carne, nuestra propia concupiscencia, que es también un enemigo del alma con la que debemos batallar a brazo partido. Son los siete pecados capitales: *soberbia, avaricia, ira, pereza, gula, lujuria, y envidia*. Cometemos estos pecados constantemente. Si no tenemos otra forma mejor de hacer examen de conciencia cuando nos vamos a confesar, un examen acerca de estos pecados sería un buen examen. Nuestro amor propio que es mal consejero, nos incita a menudo a caer en ellos, y así, sutilmente y cada vez más, nos vemos envueltos y atrapados en nuestros propios vicios y malas inclinaciones.

## LA FEALDAD DEL PECADO

El pecado no sólo es el peor de los males, sino que además lo es con mucha diferencia de todas las desgracias que existan. Tenemos miedo a la enfermedad, a la posi-

bilidad de tener un accidente, a la posibilidad de poder arruinarnos o perder el trabajo o a algún ser querido, etc. y sin embargo, no tenemos miedo a cometer pecados, no tenemos conciencia del mal tan grande que supone pecar, y esto tal y como decía S.S. Pío XII es el peor de los pecados, haber perdido la conciencia del pecado. Si viésemos con los ojos del alma el desastre y el mal tan grande que es el pecado, no lo podríamos resistir ni un momento. Si pudiéramos ver la fealdad del pecado en nuestras almas, y sus nefastas consecuencias, moriríamos de horror. Quizás sea ése el conocimiento que Dios nos da en el juicio particular. Dios nos oculta estas visiones para que evitemos el pecado por amor a Él y al prójimo y no por un pánico excesivo que no nos santifique, aunque ya sabemos que el santo temor de Dios es bueno y nos santifica, y también para que el desaliento que pudieran infundirnos esas visiones no nos haga caer en la desesperación. También sucede que tales visiones se las concede en raras ocasiones a almas privilegiadas y a los santos, para que en la forma mitigada del relato de las mismas nos estimulen a evitar el pecado. Santa Teresa nos dice que si los pecadores entendiesen cómo queda un alma cuando peca mortalmente, no sería posible a ninguno pecar, y que huiríamos de las ocasiones de pecar.

Hoy día en que la belleza, el culto al cuerpo y el narcisismo son cánones vigentes en esta sociedad, no somos conscientes de que el pecado afea nuestra alma y tiene un efecto sumamente perjudicial en nuestro carácter y en nuestras relaciones personales con los demás. Influye negativamente en nuestros criterios y juicios, y en nuestras decisiones, porque quien peca no busca el bien ajeno ni le importa para nada la gloria de Dios, sino su propio interés inmediato aunque suponga grave perjuicio para los demás.

Cuántas personas respetables nos encontramos a lo largo de nuestra vida. Señores o señoras que desempeñan altos cargos, con un excelente estatus social, y sin embargo, si por voluntad de Dios pudiéramos en un instante ver sus almas, nos escandalizaríamos de la podredumbre e inmundicia que allí anidan. Y eso es lo que ve Dios: el alma de cada uno con sus buenas y malas acciones, con sus rectas o torcidas intenciones. Cuántos mueren sin haber confesado en sus muchísimos años de vida. No reflexionamos lo suficiente para comprender que está en nuestras manos escoger el destino eterno y que es fácil conseguirlo, aunque a veces suponga un esfuerzo notable.

\* \* \*

Es fácil porque la gracia de Dios no nos faltará: *donde abundó el pecado sobreabundó la gracia* (Rom 5,20). Y es costoso porque en ocasiones se hace penoso vencer la pereza, amor propio, respetos humanos, renunciando a placeres pecaminosos. Costoso también para el santo avezado en tales luchas y renunciando, pero empeñado en llevar la carga de otros añadiendo penitencias y oraciones prolongadas, para que reciban gracias extraordinarias y se conviertan. Por nosotros mismos nada conseguiríamos, pero el amor de Dios traspasa todas las barreras y está dispuesto a darnos todo lo necesario y aún más, para que broten en nosotros deseos

de romper con el pecado y obtener la salvación. La teología nos enseña que el pecado mortal habitual tiene ennegrecidas de tal forma las almas que resultan espantosas. De ahí la fealdad de los demonios que antes de pecar eran ángeles bellísimos y el pecado los hizo tan horrendos.

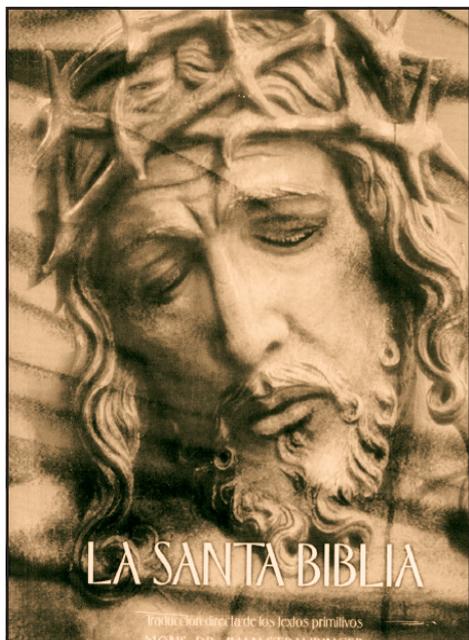
El pecado se ha hecho el rey de esta sociedad y ha cambiado las leyes divinas por leyes satánicas y egoístas, y claro, de lo que se siembra se recoge, y si sembramos mal, inevitablemente recogeremos mal. Creemos que con el propósito de conseguir nuestros objetivos -sin plantearnos si son buenos o no, justos o no, con respecto a Dios y a los demás- tenemos derecho a toda clase de maniobras. Al fin optamos muchas veces por salirnos con la nuestra, y esta serie de hechos, que se dan constantemente, hacen que sea la nuestra una sociedad injusta, insana y totalmente pagana, al margen de la ley de Dios. Son los frutos del pecado y de la inclinación al mal que existe en nuestra naturaleza dañada desde sus orígenes.

### **MALICIA DEL PECADO**

La malicia del pecado es tal que Dios, cuando éste es deliberado y la materia grave, lo condena con el Infierno. Ninguna inteligencia creada podrá jamás darse perfecta cuenta del espantoso desorden y la malicia que encierra el pecado mortal. Rechazar a Dios a sabiendas y escoger en su lugar a una vil criatura en la que se coloca la suprema felicidad y último fin, envuelve un desorden tan monstruoso e incomprensible, que sólo la locura y atolondramiento del pecador puede de alguna manera explicarlo. El mecanismo que nos conduce al pecado consiste en autoengañarnos poniendo ante nuestra consideración tercamente el bien que se ha de seguir realizando nuestro capricho enfermizo. Sin este viejo truco de obrar bajo apariencia de bien, nuestra voluntad sería incapaz de querer el mal directamente.

El pecado injuria y deshonra a Dios cuya Majestad es infinita: *“Contra ti, contra ti sólo pequé, cometí la maldad que aborreces”* (Sal 51,6). Si viéramos a alguien deshonorar a su madre nos escandalizaríamos, y en cambio somos superficiales y no meditamos seriamente que el pecado injuria y deshonra la dignidad infinita de Dios, de ahí que es un mal que no admite equipararse a ningún otro. Cada pecado mortal en cuanto acto moralmente malo cometido voluntariamente es comparable al primer pecado: una desobediencia, una rebelión contra Dios pretendiendo por nuestra cuenta conocer y determinar el bien y el mal (Gn 3,5). San





Agustín dice que el pecado es amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios (La ciudad de Dios, XIV, 28). El pecado es un acto personal. Pero tenemos una responsabilidad en los pecados cometidos por otros cuando nos convertimos en cómplices participando o aprobándolos, o no

impidiéndolos cuando se tiene obligación de hacerlo, o protegiendo a los que hacen el mal.

*El pecado crea una facilidad para el pecado. Engendra el vicio por la repetición de actos. De ahí resultan inclinaciones desviadas que oscurecen la conciencia y corrompen la valoración concreta del bien y del mal. Así el pecado tiende a reproducirse y a reforzarse, pero no puede destruir el sentido moral hasta su raíz* (CatlC 1865).

Es evidente que cada vez que cometemos un pecado mortal quedamos más debilitados y más envidados, con una dependencia que afecta al alma y al cuerpo. Por el pecado mortal aumenta el riesgo de poder condenarnos por no poner nada de nuestra parte para dejar de pecar. Si para evitar en nuestras vidas un mal que consideramos importante, como una enfermedad, un incendio, u otra cosa, somos capaces hasta de actos heroicos, ¿qué tendríamos que hacer para evitar el pecado, que además de ofender al que ha dado su vida por nosotros, es un acto contrario a la razón, lesiona la naturaleza del hombre y atenta contra la solidaridad humana? (CatlC 1872).

### **TEMED A QUIEN PUEDE MATAR EL ALMA**

El Divino Maestro nos dijo en su paso por la Tierra que no tengamos miedo de quienes pueden matar el cuerpo, sino más bien que temamos a quienes pueden matar el alma. (Mt 10,28). El pecado es el enemigo número uno que puede matar el alma, es el que más se opone a la santidad y a la salvación, más bien es el único que se opone, porque todo lo demás que se opone es consecuencia del pecado.

El pecado es un mal compañero porque su asentamiento en nuestra alma puede ser para nosotros espantoso durante toda la eternidad. Nadie en su sano juicio acogería en su casa a un asesino declarado, a alguien que se supiera de antemano que lo puede matar en un momento determinado, porque ése es su objetivo: *matar*. Mucho menos lo metería en la cama, y sin embargo, el pecado es peor que el peor de los asesinos; sus consecuencias son mucho más letales, mucho más terribles que si un asesino nos matara y después de matarnos se ensañara con nosotros. ¡Es para tener pánico! El pecado, como no lo echemos cuanto antes de nuestras almas, nos puede costar la salvación eterna. Un condenado

aguantaría un infierno de cien, de mil años, pero lo que le desespera con angustia insoportable es que sea eterno.

Nadie dejaría a sus hijos en manos de un violador, de un verdugo cuyo mayor gozo fuera maltratar o matar a los niños, y sin embargo, los dejamos ante el televisor, o Internet, o ante libros o revistas que pueden matarle el alma entrando el pecado en ellos por su medio. ¡Qué inconscientes somos! ¡Qué irresponsables! Estamos facilitando al pecado que nos invade, porque no ponemos los medios suficientes para evitarlo, y los medios son: *evitar eficazmente las ocasiones de pecado, oración, penitencia y sacramentos*. Son medios contundentes que nos recomendó el Salvador, y de esa forma evitaríamos caer en la tentación y arrancar de una vez por todas el pecado de nuestras almas. Pero por ridículos respetos humanos, por pereza en meditar las consecuencias a que uno se expone al dar de lado los Mandamientos, o por dejarlo para más adelante... Llega la hora de la muerte y en ese instante, si uno no se ha preparado a lo largo de la vida o al hacerse maduro, es frecuente optar por la desesperación y no confiar en Dios.

*El pecado mortal aparta al hombre de Dios, que es su fin último y su bienaventuranza, prefiriendo un bien inferior* (CatlC 1855). Esto es algo que espanta, y que deberíamos considerar, pues cada vez que nos acostamos no sabemos si habrá otro día para nosotros, y, como nos puede sorprender la muerte en pecado mortal, es un suicidio espiritual no prepararse y dejar para última hora un arrepentimiento muy arriesgado en cuanto a posibilidad y sinceridad. De ahí, que debemos procurar cuanto antes confesar y limpiarnos el alma de los pecados graves en el Sacramento de la Penitencia, y tenerla preparada por si la muerte nos sorprendiera, aunque mucho más perfecto sería el motivo de arrepentirse y confesarse para vivir en la amistad con Dios, que es Nuestro Padre, y que desea que un día gocemos de Él en la Gloria Eterna.

### **ES MAYOR SU MISERICORDIA**

Aunque los hombres vivan sumergidos en pecados atroces, tan graves que a los mismos hombres espanten, hay que dejar muy claro que mientras hay vida hay esperanza de salvación, porque en la vida nunca nos faltará ni la gracia, ni el perdón de Dios por terribles que sean nuestros pecados si lo pedimos con sinceridad. Esto lo reveló el mismo Jesús a Santa Faustina Kowalska, y es doctrina del Magisterio de la Iglesia. La parábola del hijo pródigo (Lc 15,11-32) nos da también una enseñanza acerca de cómo recibe Dios a un pecador cuando éste se arrepiente de corazón.

Nunca dejemos de confiar que por graves que sean nuestros pecados tienen perdón si nos arrepentimos. No nos desesperemos ante nuestras deleznable acciones, Dios es ante todo misericordia y nos recibirá con los brazos abiertos si dejamos de pecar y volvemos a Él. *Si reconocemos nuestros pecados, fiel y justo es Él para perdonarnos los pecados y purificarnos de toda injusticia* (1 Jn 1,8-9).

Los Santos Padres no ocultaban –como ocurre hoy con harta frecuencia- verdades fundamentales que aquí se han comentado y que compendian lo expuesto: *El pecado mortal es el Infierno en potencia, es decir, el que está en pecado mortal puede en cualquier momento caer en el Infierno para siempre*. Y de San Agustín también son aquellas sabias palabras que invitan a tomar la salvación como el primordial de nuestros deberes e intereses: *Dios, que te ha creado sin ti, no te salvará sin ti* (San Agustín).

SEBASTIAN CANO F.